

# SENTIDO Y SENSIBILIDAD

Jane Austen

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicasen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística, fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN: 978-84-16564-25-5  
© 2016 Paradimage Soluciones

# INDICE

|                                    |    |
|------------------------------------|----|
| INDICE .....                       | 3  |
| PROLOGO A LA EDICIÓN DIGITAL ..... | 6  |
| SENTIDO Y SENSIBILIDAD .....       | 7  |
| CAPITULO I .....                   | 8  |
| CAPITULO II .....                  | 13 |
| CAPITULO III .....                 | 19 |
| CAPITULO IV .....                  | 24 |
| CAPITULO V .....                   | 30 |
| CAPITULO VI .....                  | 33 |
| CAPITULO VII .....                 | 37 |
| CAPITULO VIII .....                | 41 |
| CAPITULO IX .....                  | 45 |
| CAPITULO X .....                   | 51 |
| CAPITULO XI .....                  | 58 |
| CAPITULO XII .....                 | 63 |
| CAPITULO XIII .....                | 68 |
| CAPITULO XIV .....                 | 75 |

|                       |     |
|-----------------------|-----|
| CAPITULO XV.....      | 80  |
| CAPITULO XVI.....     | 88  |
| CAPITULO XVII.....    | 95  |
| CAPITULO XVIII.....   | 101 |
| CAPITULO XIX.....     | 106 |
| CAPITULO XX.....      | 115 |
| CAPITULO XXI.....     | 123 |
| CAPITULO XXII.....    | 132 |
| CAPITULO XXIII.....   | 140 |
| CAPITULO XXIV .....   | 147 |
| CAPITULO XXV .....    | 154 |
| CAPITULO XXVI .....   | 160 |
| CAPITULO XXVII .....  | 168 |
| CAPITULO XXVIII ..... | 176 |
| CAPITULO XXIX.....    | 181 |
| CAPITULO XXX.....     | 193 |
| CAPITULO XXXI.....    | 202 |
| CAPITULO XXXII.....   | 213 |
| CAPITULO XXXIII.....  | 221 |
| CAPITULO XXXIV .....  | 230 |
| CAPITULO XXXV .....   | 238 |

|                        |     |
|------------------------|-----|
| CAPITULO XXXVI .....   | 245 |
| CAPITULO XXXVII .....  | 254 |
| CAPITULO XXXVIII ..... | 266 |
| CAPITULO XXXIX.....    | 274 |
| CAPITULO XL .....      | 280 |
| CAPITULO XLI .....     | 288 |
| CAPITULO XLII .....    | 296 |
| CAPITULO XLIII .....   | 301 |
| CAPITULO XLIV .....    | 311 |
| CAPITULO XLV .....     | 326 |
| CAPITULO XLVI .....    | 332 |
| CAPITULO XLVII .....   | 341 |
| CAPITULO XLVIII.....   | 348 |
| CAPITULO XLIX.....     | 352 |
| CAPITULO L .....       | 364 |

# PROLOGO A LA EDICIÓN DIGITAL

**Jean Austen** nació en la rectoría de Steventon (Hampshire). Su familia pertenecía a la burguesía agraria. Su padre, un pastor anglicano, era rector de la parroquia de Steventon. Fue la séptima hija de una familia de ocho hermanos. Tuvo una vida sin grandes acontecimientos, apenas sin nada que turbara la placidez de una existencia burguesa y provinciana.

Algunos de sus primeros trabajos se editaron en el libro “Amor y amistad”, y otras obras (1922). Tras su muerte se publicaron varias novelas incompletas. Falleció en Winchester el 18 de julio de 1817.

Fue una destacada novelista británica que vivió durante el período de la regencia. La ironía que emplea para dotar de comicidad a sus novelas hace que Jane Austen sea contada entre los "clásicos" de la novela inglesa, a la vez que su recepción va, incluso en la actualidad, más allá del interés académico, siendo leídas por un público más amplio.

**Sentido y Sensibilidad** se desarrolla en Inglaterra, siglo XIX. Dos hermanas completamente distintas: una, pura razón y sentido común; la otra, pura sensibilidad y pasión, se enfrentan al amor y a las adversidades de la vida. Al morir su padre, deben abandonar su hogar, que pasa a manos de un hermanastro, hijo del primer matrimonio de su padre. Se mudan al campo y, allí, tendrán experiencias amorosas que producirán en ellas un cambio profundo.

*Consulta el catálogo completo de obras publicadas por Paradimage en  
[www.paradimage.com](http://www.paradimage.com)*

# SENTIDO Y SENSIBILIDAD

*“La ironía es la unión de verdades contradictorias para crear una nueva verdad sonriendo o riendo. Y confieso que, si la verdad no se dice con una sonrisa, yo la considero falsa y una negación de la naturaleza humana en sí misma.”*

*Jane Austen*

## CAPITULO I

La familia Dashwood llevaba largo tiempo afincada en Sussex. Su propiedad era de buen tamaño, y en el centro de ella se encontraba la residencia, Norland Park, donde la manera tan digna en que habían vivido por muchas generaciones llegó a granjearles el respeto de todos los conocidos del lugar. El último dueño de esta propiedad había sido un hombre soltero, que alcanzó una muy avanzada edad, y que durante gran parte de su existencia tuvo en su hermana una fiel compañera y ama de casa. Pero la muerte de ella, ocurrida diez años antes que la suya, produjo grandes alteraciones en su hogar. Para compensar tal pérdida, invitó y recibió en su casa a la familia de su sobrino, el señor Henry Dashwood, el legítimo heredero de la finca Norland y la persona a quien se proponía dejarla en su testamento. En compañía de su sobrino y sobrina, y de los hijos de ambos, la vida transcurrió confortablemente para el anciano caballero. Su apego a todos ellos fue creciendo con el tiempo. La constante atención que el señor Henry Dashwood y su esposa prestaban a sus deseos, nacida no del mero interés sino de la bondad de sus corazones, hizo su vida confortable en todo aquello que, por su edad, podía convenirle; y la alegría de los niños añadía nuevos deleites a su existencia.

De un matrimonio anterior, el señor Henry Dashwood tenía un hijo; y de su esposa actual, tres hijas. El hijo, un joven serio y respetable, tenía el futuro asegurado por la fortuna de su madre, que era cuantiosa, y de cuya mitad había entrado en posesión al cumplir su mayoría de edad. Además, su propio matrimonio, ocurrido poco después, lo hizo más rico aún. Para él, entonces, el legado de la finca Norland no era en verdad tan importante como para sus hermanas; pues ellas, independientemente de lo que pudiera llegarles si su padre heredaba esa propiedad, eran de fortuna que no puede considerarse sino escasa. Su madre no tenía nada, y el padre sólo podía disponer de siete mil libras, porque de la restante mitad de la fortuna de su primera esposa también era beneficiario el hijo, y él sólo tenía derecho al usufructo de ese patrimonio mientras viviera.

Murió el anciano caballero, se leyó su testamento y, como casi todos los testamentos, éste dio por igual desilusiones y alegrías. En su última voluntad no



fue ni tan injusto ni tan desagradecido como para privar a su sobrino de las tierras, pero se las dejó en términos tales que destruían la mitad del valor del legado. El señor Dashwood había deseado esas propiedades más por el bienestar de su esposa e hijas que para sí mismo y su hijo; sin embargo, la herencia estaba asignada a su hijo, y al hijo de éste, un niño de cuatro años, de tal manera que a él le quitaban toda posibilidad de velar por aquellos que más caros le eran y que más necesitaban de apoyo, ya sea a través de un eventual gravamen sobre las propiedades o la venta de sus valiosos bosques. Se habían tomado las provisiones necesarias para asegurar que todo fuera en beneficio de este niño, el cual, en sus ocasionales visitas a Norland con su padre y su madre, había conquistado el afecto de su tío con aquellos rasgos seductores que no suelen escasear en los niños de dos o tres años: una pronunciación imperfecta, el inquebrantable deseo de hacer siempre su voluntad, incontables jugarretas y artimañas y ruido por montones, gracias que finalmente terminaron por desplazar el valor de todas las atenciones que, durante años, había recibido el caballero de su sobrina y de las hijas de ésta. No era su intención, sin embargo, faltar a la bondad, y como señal de su afecto por las tres niñas le dejó mil libras a cada una.

En un comienzo la desilusión del señor Dashwood fue profunda; pero era de temperamento alegre y confiado; razonablemente podía esperar vivir muchos años y, haciéndolo de manera sobria, ahorrar una suma considerable de la renta de una propiedad ya de buen tamaño, y capaz de casi inmediato incremento. Pero la fortuna, que había tardado tanto en llegar, fue suya durante sólo un año. No fue más lo que sobrevivió a su tío, y diez mil libras, incluidos los últimos legados, fue todo lo que quedó para su viuda e hijas.

Tan pronto se supo que la vida del señor Dashwood peligraba, enviaron por su hijo y a él le encargó el padre, con la intensidad y urgencia que la enfermedad hacía necesarias, el bienestar de su madrastra y hermanas.

El señor John Dashwood no tenía la profundidad de sentimientos del resto de la familia, pero sí le afectó una recomendación de tal índole en un momento como éste, y prometió hacer todo lo que le fuera posible por el bienestar de sus parientes. El padre se sintió tranquilo ante tal promesa, y el señor John Dashwood se entregó

entonces sin prisa a considerar cuánto podría prudentemente hacer por ellas.

No era John Dashwood un joven mal dispuesto, a menos que ser algo frío de corazón y un poco egoísta sea tener mala disposición; pero en general era respetado, porque se comportaba con corrección en el desempeño de sus deberes corrientes. De haber desposado una mujer más amable, podría haber llegado a ser más respetable de lo que era —incluso él mismo podría haberse transformado en alguien amable—, porque era muy joven cuando se casó y le tenía mucho cariño a su esposa. Pero la señora de John Dashwood era una áspera caricatura de su esposo, más estrecha de mente y más egoísta que él.

Al hacer la promesa a su padre, había sopesado en su interior la posibilidad de aumentar la fortuna de sus hermanas obsequiándoles mil libras a cada una. En ese momento realmente se sintió a la altura de tal cometido. La perspectiva de aumentar sus ingresos actuales con cuatro mil libras anuales, que venían a sumarse a la mitad restante de la fortuna de su propia madre, le alegraba el corazón y lo hacía sentirse muy generoso. “Sí, les daría tres mil libras: ¡Cuán espléndido y dadivoso gesto! Bastaría para dejarlas en completa holgura. ¡Tres mil libras! Podía desprenderse de tan considerable suma con casi ningún inconveniente.” Pensó en ello durante todo el día, y durante muchos días sucesivos, y no se arrepintió.

No bien había terminado el funeral de su padre cuando la esposa de John Dashwood, sin haber dado aviso alguno de sus intenciones a su suegra, llegó con su hijo y sus criados. Nadie podía discutirle su derecho a venir: la casa pertenecía a su esposo desde el momento mismo de la muerte de su padre. Pero eso mismo agravaba la falta de delicadeza de su conducta, y no se necesitaba ninguna sensibilidad especial para que cualquier mujer en la situación de la señora Dashwood se sintiera enormemente agraviada por ello; en *ella*, sin embargo, había un tan alto sentido del honor, una generosidad tan romántica, que cualquier ofensa de ese tipo, ejercida o recibida por quienquiera que fuese, se transformaba en fuente de imborrable disgusto. La señora de John Dashwood nunca había contado con el especial favor de nadie en la familia de su esposo; pero, hasta el momento, no había tenido oportunidad de mostrarles con cuán poca consideración por el bienestar de otras personas podía actuar cuando la ocasión lo

requería.

Sintió la señora Dashwood de manera tan aguda este descortés proceder, y tan intenso desdén hacia su nuera le produjo, que a la llegada de esta última habría abandonado la casa para siempre de no haber sido porque, primero, la súplica de su hija mayor la llevó a reflexionar sobre la conveniencia de hacerlo; y, más tarde, por el tierno amor que sentía por sus tres hijas, que la decidió a quedarse y por ellas evitar una ruptura con el hermano.

Elinor, esta hija mayor cuya recomendación había sido tan eficaz, poseía una solidez de entendimiento y serenidad de juicio que la calificaban, aunque con sólo diecinueve años, para aconsejar a su madre, y a menudo le permitían contrarrestar, para beneficio de toda la familia, esa vehemencia de espíritu en la señora Dashwood que tantas veces pudo llevarla a la imprudencia. Era de gran corazón, de carácter afectuoso y sentimientos profundos. Pero sabía cómo gobernarlos: algo que su madre todavía estaba por aprender, y que una de sus hermanas había resuelto que nunca se le enseñara.

Las cualidades de Marianne estaban, en muchos aspectos, a la par de las de Elinor. Tenía inteligencia y buen juicio, pero era vehemente en todo; ni sus penas ni sus alegrías conocían la moderación. Era generosa, amable, atrayente: era todo, menos prudente. La semejanza entre ella y su madre era notable.

Preocupaba a Elinor la excesiva sensibilidad de su hermana, la misma que la señora Dashwood valoraba y apreciaba. En las actuales circunstancias, una a otra se incitaban a vivir su aflicción sin permitir que amainara su violencia. Voluntariamente renovaban, buscaban, recreaban una y otra vez la agonía de pesadumbre que las había abrumado en un comienzo. Se entregaban por completo a su pena, buscando aumentar su desdicha en cada imagen capaz de reflejarla, y decidieron jamás admitir consuelo en el futuro. También Elinor estaba profundamente afligida, pero aún podía luchar, y esforzarse. Podía consultar con su hermano, y recibir a su cuñada a su llegada y ofrecerle la debida atención; y podía luchar por inducir a su madre a similares esfuerzos y animarla a alcanzar semejante dominio sobre sí misma.

Margaret, la otra hermana, era una niña alegre y de buen carácter, pero como ya había absorbido una buena dosis de las ideas románticas de Marianne, sin poseer demasiado de su sensatez, a los trece años no prometía igualar a sus hermanas mayores en posteriores etapas de su vida.

## CAPITULO II

La señora de John Dashwood se instaló como dueña y señora de Norland, y su suegra y cuñadas descendieron a la categoría de visitantes. En tanto tales, sin embargo, las trataba con tranquila urbanidad, y su marido con tanta bondad como le era posible sentir hacia cualquiera más allá de sí mismo, su esposa e hijo. Realmente les insistió, con alguna tenacidad, para que consideraran Norland como su hogar; y dado que ningún proyecto le parecía tan conveniente a la señora Dashwood como permanecer allí hasta acomodarse en una casa de la vecindad, aceptó su invitación.

Quedarse en un lugar donde todo le recordaba antiguos deleites, era exactamente lo que sentaba a su mente. En los buenos tiempos, nadie tenía un temperamento más alegre que el de ella o poseía en mayor grado esa optimista expectativa de felicidad que es la felicidad misma. Pero también en la pena se dejaba llevar por la fantasía, y se hacía tan inaccesible al consuelo como en el placer estaba más allá de toda moderación.

La señora de John Dashwood no aprobaba en absoluto lo que su esposo se proponía hacer por sus hermanas. Disminuir en tres mil libras la fortuna de su querido muchachito significaría empobrecerlo de la manera más atroz. Le imploró pensarlo mejor. ¿Cómo podría justificarse ante sí mismo si privara a su hijo, su único hijo, de tan enorme suma? ¿Y qué derecho podían tener las señoritas Dashwood, que eran sólo sus medias hermanas —lo que para ella significaba que no eran realmente parientes—, a exigir de su generosidad una cantidad tan grande? Era bien sabido que no se podía esperar ninguna clase de afecto entre los hijos de distintos matrimonios de un hombre; y, ¿por qué habían de arruinarse, él y su pobrecito Harry, regalándoles a sus medias hermanas todo su dinero?

—Fue la última petición de mi padre —respondió su esposo—, que yo ayudara a su viuda y a sus hijas.

—Me atrevería a decir que no sabía de qué estaba hablando; diez a uno a que le estaba fallando la cabeza en ese momento. Si hubiera estado en sus cabales no

podría habersele ocurrido pedirte algo así, que despojara a tu propio hijo de la mitad de tu fortuna.

—Mi querida Fanny, él no estipuló ninguna cantidad en particular; tan sólo me pidió, en términos generales, que las apoyara e hiciera de su situación algo más desahogada de lo que estaba en sus manos hacer. Quizá habría sido mejor que dejara todo a mi criterio. Dificilmente habría podido suponer que yo las abandonaría a su suerte. Pero como él quiso que se lo prometiera, no pude menos que hacerlo. Al menos, fue lo que pensé en ese momento. Existió, así, la promesa, y debe ser cumplida. Algo hay que hacer por ellas cuando dejen Norland y se establezcan en un nuevo hogar.

—Está bien, entonces, *hay* que hacer algo por ellas; pero ese *algo* no necesita ser tres mil libras. Ten en cuenta —agregó— que cuando uno se desprende del dinero, nunca más lo recupera. Tus hermanas se casarán, y se habrá ido para siempre. Si siquiera algún día se lo pudieran devolver a nuestro pobre hijito...

—Pero, por supuesto —dijo su esposo con gran seriedad—, eso cambiaría todo. Puede llegar un momento en que Harry lamente haberse separado de una suma tan grande. Si, por ejemplo, llegara a tener una familia numerosa, sería un muy conveniente suplemento a sus rentas.

—De todas maneras lo sería.

—Quizá, entonces, sería mejor para todos si se disminuyera la cantidad a la mitad. Quinientas libras significarían un portentoso incremento en sus fortunas.

—¡Ah, más allá de todo lo que pudiera imaginarse! ¡Qué persona en el mundo haría siquiera la mitad por sus hermanas, incluso si fuesen *verdaderas* hermanas! Y en este caso... ¡sólo medias hermanas! Pero, ¡tienes un espíritu tan generoso!

—No querría hacer nada mezquino —respondió él—. En estas ocasiones, uno preferiría hacer demasiado antes que muy poco. Al menos, nadie puede pensar que no he hecho suficiente por ellas; incluso ellas mismas, difícilmente pueden esperar más.

—Imposible saber qué podrían esperar *ellas* —dijo la señora—, pero no nos

corresponde pensar en sus expectativas. El punto es qué puedes permitirte hacer.

—Indudablemente, y creo que puedo permitirme darle quinientas libras a cada una. Tal como están las cosas, sin que yo agregue nada, cada una tendrá más de tres mil libras a la muerte de su madre: una fortuna muy satisfactoria para cualquier mujer joven.

—Claro que lo es; y, en verdad, se me ocurre que quizá no quieran ninguna suma adicional. Tendrán diez mil libras entre las tres. Si se casan, seguramente harán un buen matrimonio; y si no lo hacen, pueden vivir juntas de manera muy holgada con los intereses de las diez mil libras.

—Absolutamente cierto, y, por lo tanto, no sé si, considerándolo todo, no sería más aconsejable hacer algo por su madre mientras viva, antes que por ellas; algo como una pensión anual, quiero decir. Mis hermanas percibirían los beneficios tanto como ella. Cien libras al año las mantendrían en una perfecta holgura.

Su esposa dudó un tanto, sin embargo, en dar su aprobación a este plan.

—De todas maneras dijo—, es mejor que separarse de quinientas libras de una vez. Pero si la señora Dashwood vive quince años más, eso se va a transformar en un abuso.

—¡Quince años! Mi querida Fanny, su vida no puede valer ni la mitad de tal cantidad.

—Por supuesto que no; pero, si te fijas, la gente siempre vive eternamente cuando hay una pensión de por medio; y ella es muy fuerte y saludable, y apenas ha cumplido los cuarenta. Una pensión anual es asunto muy serio; se repite año tras año y no hay forma de librarse de ella. Uno no se da cuenta de lo que hace. Yo sí he conocido bastante los problemas que acarrear las pensiones anuales, porque mi madre se encontraba maniatada por la obligación de pagarlas a tres antiguos sirvientes jubilados, según mi padre lo había establecido en su testamento. Es increíble cuán desagradable lo encontraba. Dos veces al año había que pagar estas pensiones; y, además, estaba el problema de hacérsela llegar a cada uno; luego se dijo que uno de ellos había muerto, y después resultó que no había tal. A mi madre

le enfermaba todo el asunto. Sus entradas no eran de ella, decía, con estas perpetuas demandas; y había sido muy poco considerado de parte de mi padre, porque, de otra forma, el dinero habría estado por completo a disposición de mi madre, sin restricción alguna. De allí me ha venido tal aborrecimiento a las pensiones, que estoy segura de que por nada del mundo me ataré al pago de una.

—En verdad es desagradable —replicó el señor Dashwood— que cada año se escurra de esa forma parte del ingreso de uno. Los bienes con que uno cuenta, como tan justamente dice tu madre, *no* son de uno. Estar obligado a pagar regularmente una suma como ésa en fechas fijas, no es para nada deseable: lo priva a uno de su independencia.

—Indudablemente; y, después de todo, nadie te lo agradece. Sienten que están asegurados, no haces más de lo que se espera de ti y ello no despierta ninguna gratitud. Si estuviera en tu lugar, para cualquier cosa que hiciera me guiaría por mi solo criterio. No me comprometería a darles nada todos los años. Algunos años puede ser muy inconveniente desprenderse de cien, o incluso de cincuenta libras, sacándolas de nuestros propios gastos.

—Creo que tienes razón, mi amor; será mejor que no haya ninguna renta anual en este caso; lo que sea que les pueda dar ocasionalmente será de mucho mayor ayuda que una asignación anual, porque si se sintieran seguras de un ingreso mayor sólo elevarían su estilo de vida, y con ello no serían un penique más ricas al final del año. De todas maneras, será lo mejor. Un regalo de cincuenta libras de vez en cuando impedirá que se aflijan por asuntos de dinero, y pienso que saldaré ampliamente la promesa hecha a mi padre.

—Por supuesto que lo hará. A decir verdad, estoy íntimamente convencida de que la idea de tu padre no era en absoluto que les dieras dinero. Me atrevo a decir que la ayuda en que pensaba era lo que razonablemente podría esperarse de ti; por ejemplo, cosas como buscar una casa pequeña y cómoda para ellas, ayudarlas a trasladar sus enseres, enviarles algún presente de pesca y caza, o algo así, siempre que sea la temporada. Apostaría mi vida a que no estaba pensando en más que eso; en verdad, sería bastante raro e impropio si hubiera pretendido otra cosa.



Si no, piensa, mi querido señor Dashwood, cuán holgadas pueden vivir tu madre y sus hijas con los intereses de siete mil libras, además de las mil libras de cada una de las niñas, que les aportan cincuenta libras anuales por persona; y, por supuesto, de allí le pagarán a su madre por su alojamiento. Entre todas juntarán quinientas libras anuales, y ¿se te ocurre para qué van a querer más cuatro mujeres? ¡Les saldrá tan barato vivir! El mantenimiento de la casa será una nada. No tendrán carruajes ni caballos, y casi ningún sirviente; no recibirán visitas, ¡y qué gastos van a tener! ¡Tan sólo piensa en lo bien que van a estar! ¡Quinientas anuales! No puedo ni imaginar cómo gastarán siquiera la mitad; y en cuanto a que les des más, es harto absurdo pensarlo. Estarán en mucho mejores condiciones de darte *a ti* algo.

—A fe mía —dijo el señor Dashwood—, creo que tienes toda la razón. De todas maneras, con su petición mi padre no puede haber querido decir sino lo que tú señalas. Me parece muy claro ahora, y cumpliré estrictamente mi compromiso con algunas ayudas y gentilezas como las que has descrito. Cuando mi madre se traslade a otra casa, me pondré a su servicio en todo lo que me sea posible para acomodarla. Quizá en ese momento también sea adecuado hacerle un pequeño obsequio, como algún mueble.

—Por supuesto —replicó la señora Dashwood—. Pero, no obstante, *hay* una cosa que debe tenerse en cuenta. Cuando tu padre y madre se trasladaron a Norland, aunque vendieron el mobiliario de Stanhill, guardaron toda la vajilla, cubiertos y mantelería, que ahora han quedado para tu madre. Y así, apenas se cambien tendrán su casa casi completamente equipada.

—Indudablemente, ésa es una reflexión de la mayor importancia. ¡Un legado valioso, claro que sí! Y parte de la platería habría sido aquí una muy grata adición a la nuestra.

—Sí; y la vajilla para el desayuno es doblemente hermosa que la de esta casa. Demasiado hermosa, a mi juicio, para los lugares en que *ellas* pueden permitirse vivir. Pero, de cualquier modo, así es la cosa. Tu padre sólo pensó en *ellas*. Y debo decir esto: no le debes a él ninguna gratitud en especial, ni estás obligado con sus deseos, porque bien sabemos que, si hubiera podido, les habría dejado casi todo

lo que poseía en el mundo *a ellas*.

Este argumento fue irresistible. En él encontró John Dashwood toda la fuerza que antes le había faltado para llevar a cabo sus propósitos; y, por último, resolvió que sería por completo innecesario, si no totalmente inadecuado, hacer más por la viuda y las hijas de su padre que esos gestos de buena vecindad que su propia esposa le había indicado.

## CAPITULO III

La señora Dashwood permaneció en Norland durante varios meses, y ello no porque no deseara salir de allí una vez que los lugares que tan bien conocía dejaron de despertarle la violenta emoción que durante un tiempo le habían producido; pues cuando su ánimo comenzó a revivir y su mente pudo dedicarse a algo más que agudizar su dolor mediante recuerdos tristes, se llenó de impaciencia por partir e infatigablemente se dedicó a averiguar por alguna residencia adecuada en las vecindades de Norland, ya que le era imposible irse lejos de ese tan amado lugar. Pero no le llegaba noticia alguna de lugares que a la vez satisficieran sus nociones de comodidad y bienestar y se adecuaran a la prudencia de su hija mayor, que con más sensato juicio rechazó varias casas que su madre habría aprobado, considerándolas demasiado grandes para sus ingresos.

La señora Dashwood había sido informada por su esposo respecto de la solemne promesa hecha por su hijo en favor de ella y sus hijas, la cual había llenado de consuelo sus últimos pensamientos en la tierra. Ella no dudaba de la sinceridad de este compromiso más de lo que el difunto había dudado, y sentía al respecto gran satisfacción, sobre todo pensando en el bienestar de sus hijas; por su parte, sin embargo, estaba convencida de que mucho menos de siete mil libras como capital le permitirían vivir en la abundancia. También se regocijaba por el hermano de sus hijas, por la bondad de ese hermano, y se reprochaba no haber hecho justicia a sus méritos antes, al creerlo incapaz de generosidad. Su atento comportamiento hacia ella y sus hermanas la convencieron de que su bienestar era caro a sus ojos y, durante largo tiempo, confió firmemente en la generosidad de sus intenciones.

El desdén que, muy al comienzo de su relación, había sentido por su nuera, aumentó considerablemente al conocer mejor su carácter tras ese medio año de vivir con ella y su familia; y, quizá, a pesar de todas las muestras de cortesía y afecto maternal que ella le había demostrado, las dos damas habrían encontrado imposible vivir juntas durante tanto tiempo, de no haber ocurrido una circunstancia particular que hizo más aceptable, en opinión de la señora Dashwood, la permanencia de sus hijas en Norland.

Esta circunstancia fue un creciente afecto entre su hija mayor y el hermano de la señora de John Dashwood, un joven caballeroso y agradable que les fue presentado poco después de la llegada de su hermana a Norland y que desde entonces había pasado gran parte del tiempo allí.

Algunas madres podrían haber alentado esa intimidad guiadas por el interés, dado que Edward Ferrars era el hijo mayor de un hombre que había muerto muy rico; y otras la habrían reprimido por motivos de prudencia, ya que, excepto por una suma baladí, la totalidad de su fortuna dependía de la voluntad de su madre. Pero ninguna de esas consideraciones pesó en la señora Dashwood. Le bastaba que él pareciera afable, que amara a su hija y que esa simpatía fuera recíproca. Era contrario a todas sus creencias el que la diferencia de fortuna debiera mantener separada a una pareja atraída por la semejanza de sus naturalezas; y que los méritos de Elinor no fueran reconocidos por quienes la conocían, le parecía inconcebible.

No fueron dones especiales en su apariencia o trato los que hicieron merecedor a Edward Ferrars de la buena opinión de la señora Dashwood y sus hijas. No era bien parecido y sólo en la intimidad llegaba a mostrar cuán agradable podía ser su trato. Era demasiado inseguro para hacerse justicia a sí mismo; pero cuando vencía su natural timidez, su comportamiento revelaba un corazón franco y afectuoso. Era de buen entendimiento y la educación le había dado una mayor solidez en ese aspecto. Pero ni sus habilidades ni su inclinación lo dotaban para satisfacer los deseos de su madre y hermana, que anhelaban verlo distinguido como... apenas sabían como qué. Querían que de una manera u otra ocupara un lugar importante en el mundo. Su madre deseaba interesarlo en política, hacerlo llegar al parlamento o verlo conectado con alguno de los grandes hombres del momento. La señora de John Dashwood deseaba lo mismo; entre tanto, hasta poder alcanzar alguna de esas bendiciones superiores, habría satisfecho la ambición de ambas verlo conducir un birlocho. Pero Edward no tenía inclinación alguna ni hacia los grandes hombres ni hacia los birlochos. Todos sus deseos se centraban en la comodidad doméstica y en la tranquilidad de la vida privada. Por fortuna, tenía un hermano menor que era más prometedor.